

ELEMENTOS TEÓRICOS DE LA HIPÓTESIS SAPIR-WHORF APLICADOS A LA OPOSICIÓN LETRADO/ILETRADO: ESCRITURA, ORALIDAD Y VISIÓN DE MUNDO

Mauricio Figueroa Candia
maufigueroa@udec.cl
Universidad de Concepción

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo del siguiente trabajo es contrastar algunos aspectos teóricos de la hipótesis Sapir-Whorf del relativismo y determinismo lingüístico con las teorías de la lectura-escritura como práctica cultural que modifica la visión de mundo del hablante oral.

La metodología de trabajo consistió en una revisión bibliográfica de la literatura especializada en el tema de la hipótesis Sapir-Whorf, así como en el fenómeno de la escritura en su oposición con la oralidad, buscándose aquellos elementos que permitieran hablar del contraste de la hipótesis ya mencionada con la teoría propuesta para el fenómeno de lo letrado versus la oralidad. Luego, sobre la base de lo que la revisión bibliográfica autorizó o sugirió, se opusieron las teorías, buscando elementos en común, y elementos divergentes.

Como resultado de esta revisión bibliográfica, se encontraron elementos que permitieron hacer el contraste entre la hipótesis de determinismo y relativismo lingüístico y el fenómeno de la cultura letrada versus la iletrada. El resultado de este contraste confirma una vigencia y aplicabilidad parcial de la hipótesis Sapir-Whorf en el contraste letrado-iletrado, en lo referente al proceso de lectura y categorización de la realidad.

2. HIPÓTESIS SAPIR-WHORF

Como señala María Jesús Buxó, en su texto *Antropología Lingüística*, el interés por la relación entre la lengua y la cultura “se inicia con el nacimiento mismo de la etnología y la antropología cultural.” (1983: 28). Específicamente, fue Franz Boas, quien inaugurara esta disciplina al plantear “como núcleo y objeto de estudio los fenómenos mentales de la vida de los pueblos.” (Buxó, 1983: 28).

Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf, por su parte, desarrollan entre los años 1920-1940 las teorías del *relativismo* y *determinismo lingüístico*, también conocidas como *hipótesis Sapir-Whorf (HSW)*, que no se hicieron populares sino en los años 50, con la publicación póstuma de los escritos de Whorf, en el libro *Lenguaje, Pensamiento y Realidad*, publicado por primera vez en el año 1956. En la década de los 60, debido en parte al surgimiento del innatismo y universalismo chomskyano, la teoría comenzó a desacreditarse. Un nuevo interés en la teoría surgió en manos de la psicología cognitiva y la lingüística antropológica a fines de la década de los 80 y comienzos de los años noventa.

En términos generales, la teoría del *relativismo lingüístico* propone que “el mundo se experimenta de un modo diferente en diferentes comunidades lingüísticas, siendo la lengua la causa de estas diferencias.” (Buxó, 1983: 28) y que “donde hay diferencias en el lenguaje, habrá también diferencias en el pensamiento [...], el lenguaje y el pensamiento covarían.” i (Brown, 1959: 260). El *determinismo lingüístico*, por su parte, apoya la idea de que “la estructura de la lengua es responsable del establecimiento de modos particulares de interpretar la realidad. Esto conduce a la afirmación de que la vida mental de la gente difiere según su lengua.” (Buxó,

1983: 22), y que “la existencia previa de un cierto patrón de lenguaje es necesaria o suficiente para producir un cierto patrón de pensamiento.” ii (Brown, 1959: 260)¹.

La lengua perpetuaría una visión particular de la realidad, por lo que hablantes de lenguas diferentes harán una segmentación única de su entorno ambiental, correspondiente a su idioma particular. La lengua no sólo conduciría la forma de pensamiento y de apropiación de la realidad de sus hablantes, sino que también limitaría esta capacidad, encauzando la actividad mental en una determinada dirección. Heinz Schulte-Herbrüggen señala en su libro *El lenguaje y la visión del mundo*, que el niño, al adquirir su lengua materna asimila “no sólo un medio para verbalizar y transmitir sus pensamientos ya existentes, sino un molde que encauza y guía toda su actividad mental en una dirección predelineada.” (1963: 17). Las diferencias que las lenguas muestran entre sí habrían de reflejar, en consecuencia, diferencias considerables en el funcionamiento cognitivo.

Los críticos señalan para esta hipótesis una *versión fuerte* y una *versión débil*. Con *versión fuerte* se hace referencia a la posición más extrema de la hipótesis –fundamentalmente propiciada por Whorf–, que proponía que a partir del estudio de cierto idioma se podía llegar a conocer la manera de pensar de los hablantes de esa lengua, y que la lengua es un verdadero sendero que condiciona el pensamiento. Esta versión ha sido abundantemente criticada. Ya el mismo Franz Boas señalaba en su libro *Handbook of American Indian Languages*, algunas décadas antes del trabajo de Whorf, que, si bien el lenguaje es en cierta medida condicionado por el estado cultural de determinada comunidad lingüística, la lengua no tendría el mismo efecto sobre la comunidad (1911: 67).

¹ Es muy importante señalar, para efectos de esta investigación, que Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf trabajaron sobre la base de lenguas de culturas sin escritura, es decir, orales, lo que permitirá contrastar más adelante esta teoría con la oposición letrado-iletrado.

Con *versión débil*, por otra parte, se hace referencia a una posición menos extrema, que podemos identificar con las propuestas de Edward Sapir, e incluso con algunas teorías de Franz Boas. Esta posición propone que la cultura es determinada, en alguna medida, por las fuerzas del medio ambiente, pero también las fuerzas sociales ejercen influencias sobre ella, siendo en última instancia el ambiente social lo que determine la influencia que tendrá el medioambiente. A esto se agrega lo dicho por Sapir en *El Lenguaje*, donde puede leerse: “no creo tampoco que exista una verdadera relación causal entre la cultura y el lenguaje” (1954: 247). Además de señalar en “Language and Environment”, incluido en el libro *Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture and Personality* que

El ambiente físico es reflejado en el lenguaje sólo en cuanto ha sido influenciado por factores sociales. La mera existencia, por ejemplo, de cierto tipo de animal en el ambiente físico de ciertas personas no es suficiente para dar lugar a algún tipo de símbolo lingüístico que lo refiera. Es necesario que el animal sea conocido por los miembros del grupo y que ellos tengan en él cierto interés, al menos leve, antes de que la lengua de la comunidad se vea llamada a hacer referencia a este elemento particular del medio ambiente. En otras palabras, en lo que concierne al lenguaje, todas las influencias medioambientales se reducen, en último análisis, a la influencia del ambiente social.”iii (1963: 90).

También Adalberto Salas hace referencia a este aspecto, al señalar que “ninguna lengua es un reflejo mecánico del mundo real, sino más bien encierra una interpretación humana del mundo. Este existe en cuanto tal, pero cada sociedad lo internaliza de un modo diferente y así, diferente, lo expresa en su lengua.” (1987: 32).

La instancia más clara en la lengua para constatar la representación del ambiente físico y social de sus hablantes, siguiendo a Sapir, es el léxico, pues aquello que adquiere relevancia para determinada comunidad encuentra su forma designativa en la lengua.

La diferencia fundamental de la *versión débil* con la *versión fuerte* de Benjamin Lee Whorf radica en que, desde el punto de vista de Sapir, “aparte del reflejo del ambiente en el vocabulario de una lengua, no hay nada en el lenguaje mismo que pueda señalarse como directamente asociado con el ambiente.”^{iv} (Sapir, 1963:100). Mientras que para Whorf se hace necesario agregar a la teoría las influencias de la estructura gramatical de la lengua. Whorf, en su libro *Lenguaje, Pensamiento y Realidad*, señala que “incluso la gramática hopi tenía una relación con la cultura hopi, mientras que la gramática de las lenguas europeas tenían una relación con nuestra propia civilización «occidental» o «europea».” (1971: 160). La postura de Whorf, llevada a su extremo, da a entender también que habría una incapacidad para la comunicación intercultural.

En torno a las propuestas de la *HSW* se levantaron variadas voces que criticaron algunos de sus postulados, en especial aquellos más extremos.

Entre otros aspectos, por ejemplo, se critica la posición whorfiana que aduce la imposibilidad de existencia de pensamiento humano sin el lenguaje, o que “la estructura de la lengua es responsable del establecimiento de modos particulares de interpretar la realidad” (Buxó, 1983: 22).

En general, se tiende a aceptar, sin embargo, la *versión débil* de la teoría, que podría resumirse diciendo que “el mundo se experimenta y expresa de un modo distinto en culturas y lenguas diferentes, pero la lengua no es la causa de tales diferencias.” (Buxó 1983: 23).

Un claro exponente de las críticas a la teoría del *relativismo* y *determinismo lingüístico* fue Roger Brown, quien expuso en su libro *Words and things*, del año 1959, algunas pruebas que refutaban el supuesto de la intraductibilidad entre lenguas que puede colegirse de las ideas

whorfianas, unos pocos años después de la publicación de *Lenguaje, Pensamiento y Realidad* de Whorf².

Para los propósitos de este trabajo, se utilizará la *versión débil* de la teoría, que puede resumirse siguiendo las palabras de Peter Denny, quien señala en su artículo “The 'extendedness' variable in classifier semantics: universal features and cultural variation”, que “los idiomas facilitan ciertos patrones de pensamiento al poner a disposición de ellos mecanismos de codificación eficiente”v (1979: 97).

3. OPOSICIÓN LETRADO-ILETRADO

Las expresiones *cultura oral* y *cultura escrita* se entenderán como equivalentes, para los propósitos de este trabajo, de las expresiones *cultura letrada* y *cultura iletrada*.

Las palabras *oralidad* y *oralismo*, siguiendo a Eric Havelock, “caracterizan a sociedades enteras que se han basado en la comunicación oral sin utilizar la escritura.” (1995: 25). Esta concepción se opone con la de *cultura escrita*, que –considerada también una “condición social y un estado mental” (1995: 25)– tiene niveles propios de lenguaje y cognición expresables por escrito. Desde luego, existe un estrecho vínculo entre la cultura oral y la cultura escrita, si se entiende que la cultura escrita se desarrolla sobre la base de la cultura oral. Entre ambas culturas, sostiene Havelock, existe una “relación de tensión recíproca” (1995: 25), pero la escritura siempre será un “fenómeno advenedizo, un ejercicio artificial, una obra de la cultura, y no de la naturaleza” (1995: 37). Esto también es sostenido por Jeffrey Kittay, en “El pensamiento a través de las culturas escritas” (1995: 224). Por otra parte, son varios los autores

² La primera edición del libro *Lenguaje, Pensamiento y Realidad*, en inglés, se publicó en el año 1956.

–Saussure, 1973; Martínez, 2003; Martinet, 1991– que llaman la atención sobre la verdadera naturaleza oral, y no escrita, del lenguaje.

El concepto de *escritura* se entenderá a través de la definición que hace Walter Ong, en su libro *Oralidad y Escritura. Tecnologías de la Palabra*, como un “sistema codificado de signos visibles” (1999: 87).

Las diferencias entre los individuos pertenecientes a una *cultura oral* respecto de otros pertenecientes a alguna *cultura escrita*, varían de un teórico a otro.

Parece haber acuerdo en que entre los individuos de una cultura oral y los de una cultura escrita hay diferencias cognitivas de importancia. Ong señala que “en una cultura oral, la restricción de las palabras al sonido determina no sólo los modos de expresión sino también los procesos de pensamiento.” (1999: 40).

El pensamiento y expresión de las culturas orales primarias tiende a ser, en palabras de Ong, de las siguientes nueve clases: acumulativos antes que subordinados; acumulativos antes que analíticos; redundantes; conservadores y tradicionalistas; cerca del mundo humano vital; de matices agonísticos; empática y participantes antes que objetivamente apartadas; homeostáticas (equilibrio del pensamiento y expresión presentes en virtud de un desprendimiento de aquello que ya no tiene pertinencia) y situacionales antes que abstractas (1999: 43-54).

En algunos experimentos señalados por Ong (1999: 56-60), se muestra que individuos de culturas orales poseen un “pensamiento situacional” (1999: 56), antes que descontextualizado o abstracto.

El discurso escrito utiliza una gramática más elaborada y fija que el discurso oral, pues en la transmisión del contenido ha de hacerse referencia al contexto que pierde al abandonar el discurso oral. Como señala Andrés Gallardo, en su artículo “Hacia una teoría del idioma

estándar”, la escritura “tiene el efecto, de incalculables repercusiones, de separar la lengua del individuo y convertirla literalmente en objeto de observación.” (1978: 97).

Dentro de las consecuencias ya señaladas, ocurridas producto del desarrollo y difusión de la escritura en una cultura previamente oral, puede comenzarse señalando junto a Mónica Mena, que se origina un “sentido del pasado humano como una realidad objetiva, claramente diferenciada del mito.” (1983: 53).

La escritura influye también en los procesos de evolución de las lenguas, pues la mayor duración del los enunciados en el tiempo, propicia que la lengua culta cambie más lentamente que las otras variedades “no estandarizadas” (Torrejón, 1987: 38). Como señala Gallardo, la lengua escrita puede llegar a ser, producto de su visibilidad, “el símbolo más prominente del arraigo de un idioma” (1978: 106), lo que la hace resistente a innovaciones.

Según algunos autores, la escritura carecería de elementos contextuales que sí posee la comunicación no escrita, siendo vista la escritura como “descontextualizada” (Kittay, 1995: 243). El emisor del discurso deberá incluir en él, por tanto, aquellos elementos que sean necesarios para la comprensión del mismo. Lo mismo señala Ong, al decir que la “escritura establece lo que se ha llamado un lenguaje *libre de contextos*” (1999: 81).

Esta descontextualización de la variedad escrita de una lengua –que es, según Denny, “manejar la información de manera de desconectar otra información o bien relegarla a segundo plano.” (1995: 95)– supone, por ejemplo, una “reducción en la cantidad de información espacial” (1995: 105).

Narasimhan, en su artículo “La cultura escrita: caracterización e implicaciones”, señala que la escritura es resultado de una condición propia de las culturas letradas: la reflexión. La escritura, en este contexto, es una consecuencia de la necesidad de sostener esta condición

letrada a través de “tecnologías apropiadas y eficaces” (1995: 252), de las cuales la más efectiva, resulta ser la escritura. A pesar de ello, según señala el autor, no siempre estas prácticas conducen al desarrollo “científico y tecnológico a nivel social, y de desarrollo cognitivo a nivel individual” (1995: 240) que se materializó en el occidente letrado, lo que lleva a la conclusión de que no habría una relación de causalidad entre el desarrollo de la escritura y el estilo de pensamiento occidental.

Dentro de las modificaciones en el plano cognitivo que algunos autores señalan como producto del desarrollo o adquisición de la escritura, pueden encontrarse algunas posturas más bien extremas, como la de Buxó, quien señala que la escritura tiene un rol muy importante en el sistema de pensamiento y comunicación descontextualizado de la educación formal occidental (1983: 26), además de proponer que la lógica occidental parece ser una función de la escritura (1983: 26).

Dado que la escritura generaría una distancia entre el ser humano y sus actos verbales, el discurso se podría examinar de un modo más objetivo, además de abolir los límites ya señalados del tiempo.

La escritura, por último, y siguiendo todavía a Buxó, favorecería el desarrollo de “la forma silogística de razonar (1983: 26). Kittay, por otra parte, menciona que los cambios de redistribución en los códigos o canales, producto de un cambio material del medio de comunicación, son causantes de cambios en los patrones perceptuales y cognitivos (1995: 224).

Otros autores, como Peter Denny, tienen una postura más conservadora respecto a las influencias de la escritura sobre la cultura oral, en el plano cognitivo. El mismo Denny, es

explícito en señalar que los “efectos de la cultura escrita sobre el pensamiento humano, si bien son importantes, a menudo se interpretan erróneamente o se exageran.” (1995: 95)³.

Según Denny, las supuestas diferencias cognitivas que puedan haber entre las diferentes culturas deben relacionarse con “hábitos de pensamiento y no con la capacidad de pensar” (Ibid., p. 96). Las capacidades para el pensamiento integrado, contextualizado o descontextualizado serían posibles de practicar por todos los seres humanos. La diferencias transcultural radica en la facilidad con que estos patrones de pensamiento se pueden utilizar (Ibid., p. 96).

Si bien, para este autor, el pensamiento occidental tendría un solo rasgo distintivo –la descontextualización (Ibid., pp. 95, 107)–, no sería sólo la escritura la causante de este fenómeno, “sino sólo un factor que lo intensifica” (Ibid., p. 103). Habría, por otra parte, culturas con escritura sin pensamiento descontextualizado, como los Vai, de África (Ibid., p. 103). Muchas de las características normalmente consideradas como privativas del pensamiento occidental (lógico, abstracto, reflexivo, analítico, objetivo) son, en realidad, comunes a muchas otras culturas (Ibid., p. 107).

También respecto al pensamiento descontextualizado, se dirá junto a Denny que “la cultura escrita sólo tiene el efecto de intensificar la tendencia hacia el pensamiento descontextualizado” (Ibid., p. 114). Esta tendencia sería producto de una comunicación constante entre personas desconocidas, fenómeno social que ocurre comúnmente en sociedades populosas.

³ Por ejemplo, véase a Leonar Shlain, quien señala en *El alfabeto contra la diosa. El conflicto entre la palabra y la imagen, el poder masculino y el poder femenino*, que cuando se haya enraizado profundamente la escritura, ésta “eclipsará y suplantará a la expresión oral como fuente primordial de información capaz de cambiar las pautas culturales.” (2000: 19).

Por último, puede encontrarse a Ong, quien señala que la escritura es a la vez causante de “división y enajenación” como de “unidad”, intensificando también el sentido del yo y propiciando “más acción recíproca consciente entre las personas”. Para Ong, en suma, la escritura “eleva la conciencia” (1999: 173).

4. HIPÓTESIS SAPIR-WHORF Y LETRADO/ILETRADO

4.1. Problemáticas para la comparación

Es importante, antes de intentar oponer las dos teorías a las que se ha hecho referencia, explicitar un obstáculo teórico que dificulta la tarea, y que se señala a continuación.

La Hipótesis Sapir-Whorf se gestó en torno a la temática de la incompatibilidad perceptual de distintas lenguas –como reflejos de la cultura de sus hablantes. Si bien la diferencia que pudiera ilustrarse entre los individuos de una cultura oral de los de una cultura letrada podría operar también en lenguas diferentes (letrados de una lengua e iletrados de una lengua distinta), es necesario considerar mejor el mismo fenómeno, pero dentro de una misma lengua, ya que, como se vio, la escritura no es causa privativa de diferencias entre la realidad oral y la escrita. El estilo de cada idioma (y en esto hay coincidencia con Sapir-Whorf), los hábitos de pensamiento, serán los señaladores de qué característica cognitiva está más desarrollada en qué cultura, no la oposición letrado-iletrado.

Para salvar esta problemática, se considerará la aplicación de la *HSW* dentro de una misma lengua, ya que se ha visto (Brown, 1959; Whorf, 1971) que una zona de especialización de una lengua determinada (de una sociedad industrializada) coincide con las diferencias en la segmentación de la realidad que otra cultura ha hecho a propósito de su relación con la realidad. En otras palabras, la gran disponibilidad léxica para hacer referencia a algún elemento

del contexto inmediato que le es relevante, en el caso de una lengua primitiva, puede coincidir con una disponibilidad léxica en la misma área, en un léxico especializado de una lengua más compleja (en términos evolutivos).

Por último, es importante agregar que, teóricamente, se está ante el supuesto de una sola lengua, suficientemente desarrollada y amplia como para que existan hablantes letrados y otros iletrados. Por ejemplo, una lengua con literatura especializada y con variedades rurales. No se trata, sin embargo, de la oposición alfabeto-analfabeto, pues esa es una problemática diferente (con implicancias socioculturales), que no se ha propuesto considerar en este trabajo.

4.2. Comparación

Respecto a si existen diferencias en la visión de mundo para el letrado respecto del iletrado, se dirá, siguiendo a Peter Denny, que sí; al menos en lo respectivo a un hábito lingüístico descontextualizado. Es posible afirmar esto, pues parece ser que la descontextualización es la característica del pensamiento occidental que puede asociarse con mayor certeza al desarrollo de la escritura. Como se ha visto, existen también otras propiedades que subyacen al desarrollo de la escritura, pero que también pueden encontrarse en sociedades ágrafas (Denny, 1995: 108). Estas propiedades pueden ser la racionalidad, la mayor abstracción, la subordinación, etc.

En cierta medida, puede afirmarse que los miembros de una cultura oral ven la realidad de una forma distinta que los de una cultura letrada, pero sólo en cuanto a los hábitos de pensamiento que le son particulares, y que no siempre son causa de una sociedad iletrada. En principio, el iletrado hace mayor referencia a su contexto y experiencia en los actos comunicativos. La conciencia sobre la lengua, que es una de las consecuencias de la escritura (Gallardo, 1978: 97), es también una diferencia importante entre el individuo perteneciente a

una cultura letrada, opuesto a uno de una cultura escrita. Como dice David Olson, “el lenguaje se usa para representar el mundo; permite reflexionar sobre el mundo y tomar conciencia de él. La escritura se usa para representar el lenguaje; permite reflexionar sobre el lenguaje y tomar conciencia de él.” (1995: 351).

Al oponer las teorías salta a la vista –en primer lugar– que estas dos propuestas señalan diferencias conceptuales para la percepción y transmisión de la realidad a través del lenguaje. La *HSW* se refiere a cómo el individuo utilizará la lengua materna para referirse, de forma especial, a aquello que su comunidad lingüística, por necesidad, privilegia. En este sentido, el individuo estaría “encauzado”, predeterminado a dirigir su atención sobre cierta realidad, sobre ciertas especificaciones y, entonces, cada lengua determina a sus hablantes de una manera particular. Este individuo transmite, obligadamente, lo que su hábito lingüístico y lo que su lengua le autorizan. En la oposición letrado-iletrado se puede encontrar también una dirección predeterminada por donde circula el individuo que ha adquirido la escritura, por cuanto su forma de transmitir la realidad sería, en términos generales, descontextualizada. El individuo transmite a través de un hábito de lenguaje particular la realidad. La diferencia entre el letrado y el iletrado es comparable a la diferencia entre hablantes especializados de una misma lengua, por cuanto la atención de los hablantes se concentra en aquello que el código (y el hábito) permiten ver.

En segundo lugar, puede observarse un lugar común entre las teorías si se considera que la *HSW* propone con su determinismo lingüístico que la estructura de la lengua es responsable del establecimiento de un modo particular de interpretar la realidad, lo que podemos correlacionar con la descontextualización-contextualización del letrado-iletrado.

La condición “descontextualizada” no es más que un modo particular, impulsado por la escritura (pero no sólo por la escritura) de interpretar la realidad, por cuando la descontextualización implica un abandono de los elementos inmediatos y contextuales, interpretando la realidad desde un punto de vista más abstracto, si se lo puede llamar así. En el caso del iletrado, con su pensamiento contextualizado, se está ante otra forma de interpretar la realidad. Según el determinismo, el hablante está encausado hacia una determinada forma de interpretar la realidad, cosa que la letra hace en el letrado, pues lo conduce a una descontextualización (al menos en el caso occidental). La lectura-escritura determina al hablante a una forma específica de interpretar la realidad.

Ahora bien, el intentar correlacionar la oposición letrado-iletrado con el relativismo lingüístico, que señala que la vida mental de una persona difiere según la lengua, no entrega resultados como los del determinismo, pues sólo pueden encontrarse hábitos mentales, y no vidas mentales diferentes.

En tercer lugar, puede relacionarse entre las dos teorías lo que en la *HSW* se ha señalado respecto a la mayor disponibilidad léxica para aquello que es relevante para una determinada comunidad (específica en el caso de una sociedad industrializada), con lo que señala Denny con relación a que en diferentes culturas ciertos patrones de pensamiento son “fluidos y automáticos, mientras que los patrones opuestos son inusuales y dificultosos.” (1995: 96). Pareciera ser que es una necesidad funcional lo que determina, tanto en la *HSW* como en la oposición letrado-iletrado, los usos lingüísticos y hábitos de pensamiento. Se había señalado también en este respecto, y apoyando esta perspectiva “funcional” de los fenómenos que se revisan, que “la base de la condición letrada es la reflexión” (Narasimhan, 1995: 252), y que la necesidad de reforzar esta condición letrada habría tenido por consecuencia la gestación

de una tecnología capaz de proyectarla, en este caso, hacia la escritura. Ya es sabido que la *HSW* señala que la lengua refleja, en virtud de las necesidades de la comunidad hablante, la realidad, y sólo en aquellos aspectos que le son más relevantes (esto es particularmente evidente en el nivel léxico de la lengua).

Por último, es conveniente reforzar una vez más la consideración de que, en definitiva, pareciera que es el estilo particular de cada lengua lo que determina los hábitos de pensamiento, y no tanto así las diferencias asociadas a la oposición letrado-iletrado.

5. CONCLUSIONES

De las consideraciones que se pudieron obtener luego de realizar el contraste entre la *HSW* y la oposición letrado-iletrado, puede decirse que, si bien algunos elementos de la teoría *HSW* están desacreditados, aparentemente con justa razón, todavía tiene vigencia teórica en sus aspectos menos extremos, al menos para la realización de ejercicios teóricos como el que se ha hecho aquí.

Fundamentalmente, es en la *descontextualización* de la cultura letrada donde encontramos mayor coincidencia con la *HSW*, por cuanto también propone una diferencia en la manera de percibir la realidad para los hablantes de una lengua, y de las maneras que se señalaron en el apartado anterior.

Para finalizar, parece relevante señalar la importancia de replantear de tiempo en tiempo ciertas problemáticas teóricas como las propuestas de la *HSW*, pues, como se desprende de este trabajo, todavía pueden conducir a ejercicios teóricos de gran interés.

REFERENCIAS

- Boas, Franz. 1911. *Handbook of American Indian Languages*, 1ª edic., vol. I. Washington, Edit. Government Printing Office.
- Brown, Roger. 1959. *Words and things*, 1ª edic., cáp. VII. Edit. Glencoe, Illinois. Free Press.
- Buxó, Mª Jesús. 1983. *Antropología Lingüística 3*, 1ª edic. Barcelona, Edit. Gráficas Diamante.
- Denny, J. Peter. 1979. "The 'extendedness' variable in classifier semantics: universal features and cultural variation", en *Ethnolinguistics: Boas, Sapir and Whorf Revisited*, 1ª edic. Great Britain, Edit. Madeleine Mathiot. Mouton.
- _____. 1995: "El pensamiento racional en la cultura oral y la descontextualización escrita", en *Cultura escrita y oralidad*, David Olson y Nancy Torrance, 1ª edic. (español), pp. 95-126. Barcelona, Edit. Gedisa.
- Gallardo, Andrés. 1978. "Hacia una teoría del idioma estándar", en *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada*, v. 40, pp. 85-119.
- Havelock, Eric. 1995. "La ecuación oral-escrito: una fórmula para la mentalidad moderna", en *Cultura escrita y oralidad*, David Olson y Nancy Torrance, 1ª edic (español), pp. 25-46. Barcelona, Edit. Gedisa.
- Kittay, Jeffrey. 1995. "El pensamiento a través de las culturas escritas", en *Cultura escrita y oralidad*, David Olson y Nancy Torrance, 1ª edic. (español), pp. 223-234. Barcelona, Edit. Gedisa.
- Martinet, André. 1991. *Elementos de Lingüística General*, 3ª edic. (español). Madrid, Edit. Gredos.
- Martínez C., Eugenio. 2003. *El sonido en la comunicación humana*, 2ª edic. Barcelona, Edit. Octaedro.
- Mena, Mónica. 1983. "Algunos aportes de la lingüística al proceso de alfabetización", en *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada*, v. 21, pp. 52-58.
- Narasimhan, R. 1995. "La cultura escrita: caracterización e implicaciones", en *Cultura escrita y oralidad*, David Olson y Nancy Torrance, 1ª edic. (español), pp. 237-261. Barcelona, Edit. Gedisa.
- Olson, David. 1995: "La cultura escrita como actividad metalingüística", en *Cultura escrita y oralidad*, David Olson y Nancy Torrance, 1ª edic. (español), pp. 333-357. Barcelona, Edit. Gedisa.

- Ong, Walter. 1999. *Oralidad y Escritura. Tecnologías de la Palabra*, 1ª edic. (español). Colombia, Edit. Fondo de Cultura Económica.
- Salas, Adalberto. 1987. “Hablar en mapuche es vivir en mapuche. Especificidad de la relación lengua/cultura”, en *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada*, v. 25., pp. 27-35.
- Sapir, Edward. 1954. *El lenguaje*, 1ª edic. (español). México, Edit. Fondo de Cultura Económica.
- _____. 1963. *Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture and Personality*, David Mandelbaum (editor), 1ª edic. Edit., Los Angeles, University of California Press, Berkeley.
- Saussure, Ferdinand de. 1973. *Curso de Lingüística General*. 12ª edic. Buenos Aires, Edit. Losada.
- Schulte-Herbrüggen, Heinz. 1963. *El Lenguaje y la Visión del Mundo*. 1ª edic. Santiago, Edit. Ediciones de la Universidad de Chile.
- Shlain, Leonard. 2000. *El alfabeto contra la diosa. El conflicto entre la palabra y la imagen, el poder masculino y el poder femenino*. 1ª edic. (español). Barcelona, Edit. Debate.
- Torrejón, Alfredo. 1987. “Andrés Bello y las variedades orales del castellano de Chile”, en *Revista de Lingüística Teórica y Aplicada*, v. 25., pp. 37-43.
- Whorf, Benjamin Lee. 1971. *Lenguaje, Pensamiento y Realidad*. 1ª edic. (español). Barcelona, Edit. Barral Editores.

Notas especiales

i“where there are differences of language there will also be differences of thought [...] language and thought covary.” (Brown, 1959: 260).

ii“the prior existence of some language pattern is either necessary or sufficient to produce some thought pattern.” (Brown, 1959: 260).

iii“the physical environment is reflected in language only in so far as it has been influenced by social factors. The mere existence, for instance, of a certain type of animal in the physical environment of a people does not suffice to give rise to a linguistic symbol referring to it. It is necessary that the animal be known by the members of the group in common and that they have some interest, however slight, in it before the language of the community is called upon to make reference to this particular element of the physical environment. In other words, so far as language is concerned, all environmental influence reduces at last analysis to the influence of social environment.” (Sapir, 1963: 90)

iv“apart from the reflection of environment in the vocabulary of a language, there is nothing in the language itself that can be shown to be directly associated with environment.” (Sapir, 1963: 100).

v“languages facilitate certain patterns of thought by making available efficient coding mechanisms for them” (Denny, 1979: 97).